

corte de Augusto había celebrado el templo de alma del indomable Catón.

Ordinariamente los emperadores dejaban á sus súbditos una libertad filosófica y religiosa que la antigua Francia no poseyó. Entonces no se podía discutir sin peligro de caer en la Bastilla, sobre asunto de religión ó de política; sobre historia era menester mucha reserva y prudencia, y el filósofo más temerario debía contener y velar sus audacias doctrinales. Sin embargo, el siglo de Luis XIV es nuestra grande edad literaria. A pesar de la preocupación contraria, preciso es admitir que la naturaleza del gobierno ejerce muy poca influencia sobre las letras y ni produce su esplendor ni su decadencia. El genio nace donde quiere nacer, y no hay poder humano capaz de hacer un escritor cuando la naturaleza no se mezcla en ello. A lo más puede decirse que las circunstancias favorables ó adversas ayudan ó contrarían su desenvolvimiento.

Fuera de esto, en el seno de toda nación civilizada hay una masa flotante de inteligencia que como el numerario circulante, en mayor ó menor abundancia sirve para las necesidades diarias de la vida social, y cierta cantidad de fuerza intelectual que se aplica á las necesidades superiores del espíritu. Este es el capital de reserva empleado en las grandes especulaciones. Pero la naturaleza de estas especulaciones cambia con el tiempo, y las obras pueden diferir sin que baje el nivel intelectual. Después de la constitución del imperio romano, los espíritus activos se pusieron de parte de la administración y del ejército, mientras los mediatubundos estudiaban los medios de organizar aquella inmensa sociedad según las leyes más justas ó de arreglar la vida privada con los mejores preceptos de moral.

La misma división se ha producido en todas las épocas. La Italia del renacimiento buscó y encontró la gloria en las artes plásticas; la Francia del siglo XVII, en el cultivo de las más bellas formas literarias. Napoleón que hubiera querido hacer de Corneille un príncipe, no hizo más que mariscales, y nuestro tiempo que promete al talento literario fortuna y honor, produce sobre todo químicos, físicos, ingenieros é industriales. En las cuatro épocas, al lado de géneros que dominan en el orden de la actividad intelectual, hay otros que languidecen.

Lo mismo sucede en el imperio: en vez de añadir nuevos nombres á la pléyada poética del siglo de Augusto, formó administradores y jurisconsultos, arquitectos y filósofos, y los formó excelentes. Hubo entonces desplazamiento ó traslación, digámoslo así, no eclipse de la inteligencia. Y ¿no es una compensación de la falta de grandes poetas haber tenido hombres que supieron dar la paz y la prosperidad por espacio de dos siglos á tantos millones de hombres, que escribieron las leyes más justas, constituyeron la vida civil mejor ordenada y enseñaron la moral más pura? La naturaleza inclemente y la brutalidad de los bárbaros hicieron desaparecer casi todos los monumentos de la época Antonina; pero si el templo de Júpiter Olímpico hubiera permanecido en pie á orillas del Iliso, Palmira en medio de su desierto, Baalbeck en la falda del Líbano, y el foro de Trajano no lejos del Capitolio, con todas las maravillas que encerraba, ¿se cree que aquel siglo, tan rico de obras magníficas en la administración, en el derecho, en el arte y en la filosofía moral, no se hubiera contado entre los grandes siglos de la historia?

Y luego, cuando se trata de apreciar el valor intelectual de aquel tiempo, sería injusto desdeñar á los autores que empleaban el otro gran idioma del imperio. El griego se entendía en Roma; toda la alta sociedad lo hablaba y no había hombre de letras que no pudiera leer las obras compuestas

en esta lengua, las cuales no todas tenían por autores griegos de origen, y de ello atestiguan Marco Aurelio, Eliano y el sofista de Arlés, Favorino, en la época Antonina, el africano Cornuto, desde el tiempo de Nerón, y acaso Germánico en el siglo de Augusto. Se han admitido en el Panteón literario de Roma galos, españoles y africanos. ¿Con qué derecho cerrarlo á los escritores de las provincias orientales, á consulares como Arriano y Dion Casio? Sabemos muy bien que no existen ya «hijos de Rómulo,» que la sangre latina se ha perdido en el inmenso cuerpo del imperio y que la vida espléndida ó débil de este nuevo ser depende de la vitalidad de las partes que lo componen. ¿Quiénes más romanos, romanos del imperio, que los grandes jurisconsultos Gayo, que se ha creído griego, Papiniano, Paulo y Ulpiano, originarios los tres de la Siria y que tan bien hablan la lengua de Cicerón?

La influencia de los libros griegos competía con la de los libros latinos. Plutarco enseñó mucho tiempo á orillas del Tíber, Epicteto allí vivió, y Luciano, el Voltaire de aquel tiempo, allí declamó. Los escritos del burlón implacable no carecieron ciertamente de lectores en ninguna provincia del imperio y los del moralista de Queronea quedaron como obras de educación hasta nuestros días. ¡Cuántas generaciones de niños, cuántos grandes espíritus hicieron de ellas su lectura favorita! Enrique IV no perdía de vista nunca á Plutarco, y Montaigne decía de su libro: «Es nuestro breviario.»

Como Polibio, Apiano es más historiador, en el sentido moderno de la palabra, que Tito Livio y Tácito. Sin Pausanias conoceríamos muy mal la Grecia; sin Dion Crisóstomo, la propaganda moralista del tiempo; sin Elio Aristides, los sueños místicos á los cuales se abandonaban ya las almas.

Arriano, hombre de corazón y de inteligencia, amigo de los Antoninos y digno de serlo, con una mano contenía á los bárbaros del Euxino y del Cáucaso, y con otra escribía el *Enchiridion* de Epicteto. Este libro, objeto de la admiración de Pascal y en el cual encontraba el santo Borromeo su edificación espiritual, hubo de suscitar otro, el *Eκρωτόν*, que valió á Marco Aurelio su santa fama.

Son pues bastantes nombres ilustres para reconocer como un renacimiento aquel nuevo florecer de las letras griegas en tiempo de los Antoninos (1).

¿Cuándo se ocupó el mundo en trabajo de tan grandes cosas en el orden moral? La Iglesia se gloriaba ya de sus apologistas latinos y griegos: Justino, Ireneo, Tertuliano, Minucio Felix, y sus doctores fundaban la metafísica cristiana, mientras los filósofos procuraban con poderoso esfuerzo rejuvenecer y moralizar el paganismo.

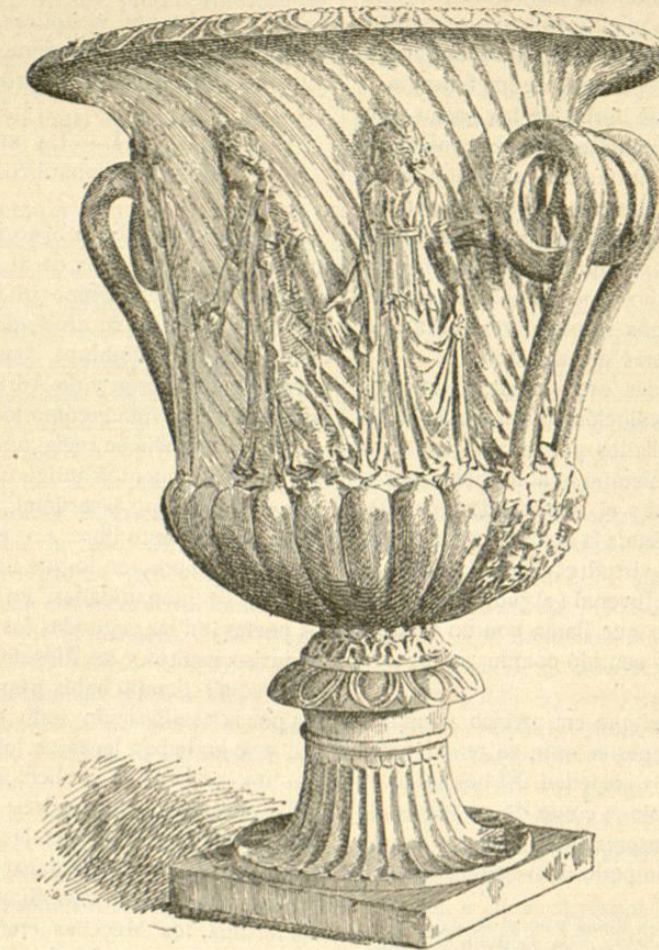
Aquel siglo amó también la ciencia más aún que el siglo de Augusto, sin llevarla tampoco muy lejos. Horacio hubiera querido saber «qué fuerza doma el mar, arregla el año y dirige el curso de los astros;» pero esto no era más que una curiosidad de poeta. Plinio y Séneca tienen la curiosidad de los sabios, y no se contentan con mirar sino que inquieren, buscan. Séneca, que sabe que se puede ir de España á las Indias rodeando el Africa, tiene presentimientos proféticos sobre la existencia de grandes tierras en el Occidente. «El Océano, dice, revelará un día sus secretos y Tetis mostrará nuevos mundos.» En sus *Cuestiones naturales* se pregunta si se ha de hacer del cielo un triste

(1) He aquí todavía otros escritores griegos de aquel tiempo: Ate-neo, Filostrato, Babrio, Máximo de Tir, los médicos Areteo, Rufo de Efeso y Sexto Empírico, el más sabio de los escépticos antiguos, el matemático Teon de Esmirna, etc.

desierto; si fuera de los cinco planetas cuyo movimiento se conoce, permanecen las demás estrellas en el mismo punto como un pueblo inmóvil. Anuncia los cometas periódicos, que sólo nuestro siglo ha conocido, y estaba en que muchas otras verdades quedaban por descubrir. «Si consagráramos todos nuestros esfuerzos á la ciencia, si una juventud templada hiciera de ella su único estudio, los padres el texto de sus lecciones, los hijos el objeto de sus trabajos, apenas llegaríamos al fondo de ese abismo donde duerme la verdad, que hoy sólo busca á la superficie nuestra indolente mano.» En los momentos en que cree en otra vida, promete

á los buenos que todos los secretos de la naturaleza les serán revelados.

Dos hombres, Galeno y Tolomeo, cuyas doctrinas han vivido trece siglos, hasta el renacimiento, representaban entonces con esplendor el espíritu científico. Galeno, después de Hipócrates, fué el médico más ilustre de la antigüedad, por la seguridad de su diagnóstico, por la importancia que daba á la anatomía, y cosa nueva, á la experiencia. Dise-caba monos y quería que demostraciones prácticas permitiesen comprobar la verdad de las doctrinas enseñadas: eran los comienzos, bien inciertos aún, pero demasiado



Vaso de mármol encontrado en Pompeya

pronto determinados, de nuestro método experimental. Algunos sabios creen que estuvo muy cerca de descubrir la circulación de la sangre y que sus conocimientos fisiológicos hacen de él el precursor casi sin intermediarios de los fisiólogos de nuestro siglo. Añadamos en honor de aquel grande espíritu, que los historiadores de la filosofía le dan lugar muy honroso entre los filósofos de aquel tiempo.

Como astrónomo, Tolomeo es inferior á Hiparco; pero si no hubiera escrito su *Sintaxis matemática*, es probable, afirma Delambre, que no hubiéramos tenido á Kepler ni por consiguiente á Newton. «Sé que soy mortal y que mi vida no puede ser de larga duración, hace decir á un epigrama griego el autor del *Almagesto*; pero cuando recorro mentalmente las órbitas de los astros, mis pies no tocan ya la tierra. Estoy sentado al lado de Júpiter, y como los dioses, me alimento con la celeste ambrosía.» Es ya el entusiasmo científico.

La *Poliórética* de Apolodoro, el arquitecto del gran puente del Danubio y del Foro de Trajano, y las inmensas obras que se ejecutaban en todo el imperio, prueban que

los romanos, sin haber añadido nada á la geometría de Arquímedes y de Euclides, habían perfeccionado á lo menos como discípulos inteligentes, la construcción de las máquinas.

Sin embargo, el verdadero espíritu científico faltaba á aquella sociedad y faltará durante quince siglos aun á la humana razón. Esto explica el imperio que el misticismo tomaba sobre las almas, es decir los esfuerzos hechos para penetrar con la imaginación y el sentimiento los misterios de la naturaleza, á la que la ciencia no era aun capaz de interrogar severamente ni obligar á contestarle.

Pero al lado de estos hombres ilustres debe reservarse un lugar honroso para los pretores que pusieron el antiguo derecho de acuerdo con las nuevas ideas de justicia; para aquellos jurisconsultos, cuyos mutilados fragmentos inspiran tan profundo respeto; para aquellos desconocidos artistas que embellecieron á Roma y las provincias con tantas magnificencias arquitectónicas, los templos y las plazas de todo un pueblo de estatuas, los palacios con graciosos frescos, las casas particulares con tantos objetos de arte,

muebles y vasos, cuyos restos, encontrados en Pompeya y Herculano, hacen sospechar su exquisita elegancia (1), y preciso es decir que, sin llegar á la serena belleza de los tres ó cuatro grandes siglos, en que encontró la humanidad la más alta expresión de su poder intelectual, aquel tiempo no fué una época de decadencia.

Tiene singulares relaciones con la nuestra: un gran comercio, mucha industria, inmensas obras públicas, una producción de arte sobre manera abundante en verso y en prosa, en estatuaria y en cinceladura, en templos y en villas, sin ninguno de esos artistas cuyo nombre inscribe la historia en su libro de oro. Además dulces costumbres, espíritu de beneficencia y una religión oficial, objeto de respetos exteriores á título de medio de gobierno; pero también el dogma quebrantado por el escepticismo de los filósofos, la indiferencia de los letrados y las burlas de los poetas, profundamente alterado por las importaciones extranjeras, y sin embargo, sostenido por la interesada adhesión de los políticos y por la sencilla fe de las clases inferiores; en fin, las almas delicadas buscando su vía entre la pavorosa nada de los estoicos y los impuros extravíos de algunas religiones, llegando hasta el misticismo, que les abre un camino alumbado de vagos y confusos resplandores, donde se creen ver prodigios y oír palabras de salvación.

¡Cuán lejos estamos, con todas estas cosas, de la vieja Roma, y cuán cerca de una revolución, puesto que la sociedad sale de los caminos trillados por veinte generaciones de ascendientes! En otro tiempo la abnegación por la ciudad constituía toda la moral y el respeto de los dioses toda la religión. Ahora no se infeuda la dignidad en el consulado ni en el triunfo, sino en la virtud; el orgullo del filósofo ha sustituido el del patricio, y Juvenal (2) pide al senador, en lugar de méritos cívicos, lo que llama con un nombre que la república no conoce, el sentido común, *sensus communis*.

En frente de tantos intereses que era preciso conciliar, de tantas naciones que era menester unir, se tenían ideas más amplias y elevadas sobre la sociedad. El horizonte de los espíritus se había agrandado, y como de en medio de la multitud de los dioses se desprendía la idea de la unidad divina, del seno de aquel imperio convertido en la ciu-

(1) Sobre esta cuestión del arte en Roma y en el imperio, véase Friedländer, t. III, p. 128-270. Al principio se hacían bellas estatuas, las de Antinoos por ejemplo; pero la pintura estaba siempre descuidada. Por lo demás, no es esta la ocasión de hablar de esto. Sin embargo, una observación entra muy bien en el asunto de este capítulo, y es que, aun en el imperio, los romanos, con amar tanto las artes, tenían á los artistas en mediana estima, porque el mayor número de ellos eran de humilde condición: los arquitectos eran una excepción. Muchos romanos practicaban este arte, único en que revelaban originalidad; y en el segundo siglo construían aún suntuosos edificios. He hablado de la arquitectura romana á principios del imperio y estoy autorizado á no volver sobre esta cuestión por las palabras siguientes de M. Choisy, en su libro el *Art de bâtir chez les Romains* (p. 178): «Desde el reinado de Augusto, los procedimientos de la arquitectura romana quedaron determinados, y el arte de edificar, por decirlo así, estacionario en su más alto grado de perfección por espacio de más de tres siglos. Pero poco á poco la ornamentación y la estructura llegaron á ser casi independientes una de otra. Así, la una y la otra obedecieron en su desarrollo y decadencia á leyes diferentes y aun contrarias. No se construía de otro modo en tiempo de los Antoninos ni en los de los primeros Césares, aunque la arquitectura se hubiera modificado sensiblemente, durante el siglo que los separa. A fines del siglo III, estaba la arquitectura en plena decadencia, mientras el arte de edificar florecía aún, y producía las *Termas* que llevan el nombre de Diocleciano.» Esta distinción entre el arte decorativo que cae y el arte de edificar que se perpetúa se había hecho la primera vez por Rafael. V. E. Muntz, *Gaceta de Bellas artes*, oct. 1880.

(2) VIII, 73. Toda esta sátira implica el desprecio de los privilegios de la sangre ó de raza.

dad universal se desprendía la idea de la humanidad. Una inscripción de Trajano dice: *Conservatori generis humani*. Los filósofos se llamaban los ciudadanos del mundo, y de buena gana hubieran hecho desaparecer las fronteras de los Estados. «¡Cuán ridículos son, exclama Séneca, esos límites marcados por los hombres (3)!» Al antiguo derecho que decía: *Hospes hostis*, el enemigo es el extranjero, el nuevo derecho contesta: El extranjero es un hermano (4). Terencio ha ganado su causa: se ha encontrado al hombre.

He aquí lo que los literatos del tiempo no muestran sino por manera muy imperfecta. Para saber á qué lado se inclinaba la sociedad, hay que consultar otros hombres, estudiar otros hechos y explicar, siquiera sea en pocas palabras, el movimiento filosófico y religioso que arrastraba á estos hombres hacia los nuevos cielos.

## II. — LA EDUCACIÓN. LOS JURISCONSULTOS Y LOS FILÓSOFOS.

Cuando se escribe la historia del cristianismo, no se ve más que él y no se atiende al gran trabajo de renovación que se operaba en el seno de la sociedad pagana. Puesto que estudiamos en su diversidad las ideas y costumbres de cien millones de hombres, busquemos lo que los contemporáneos de Nerón y de Adriano creían lo mejor para la conducta de la vida y cómo lo enseñaban.

Para la infancia se regía aun la educación por los métodos y procedimientos antiguos. No había escuelas del Estado ni del cuerpo sacerdotal, y con esto resultaba la enseñanza enteramente libre. Los estudios se dividían como en nuestros tiempos, en lo que llamamos clases de gramática y clases de humanidades: en las primeras se estudiaban los poetas; en las segundas los oradores; más tarde venían los jurisconsultos y los filósofos.

En aquel tiempo había pasión por la poesía, ó á la menos por la versificación: todo el mundo hacía versos ó los leía, y se grababan hasta en los sepulcros; pero lo que era sólo una moda en el público, era una obligación en la escuela, pues todos los padres querían ver á sus hijos en estado de brillar un día en las recitaciones ó en los certámenes del Capitolio, de ganar coronas, aplausos y gloria, siquiera por un momento. Si el poeta llegaba muy rara vez á la fortuna, los Mecenas eran numerosos y poco exigentes, y siempre se sacaba algo de una silva laudatoria, ó de un epigrama favoreciendo la cólera ó vanidad de un patrono. Pero la poesía es la imagen, el color, la forma, el ritmo; las facultades que pone en juego son la imaginación y el sentimiento, facultades encantadoras y peligrosas á la vez, si no están contenidas y guiadas por otras más graves. Al servicio de una grande inteligencia, hacen al gran poeta. Para el vulgo de los ingenios, este prolongado estudio de los poetas, estos reiterados ejercicios de imitaciones prosódicas, enervan la inteligencia, la apegan á las apariencias y le hacen tomar para el pensamiento el color que deslumbra, la sonora armonía que halaga, la forma que sólo encubre el vacío.

En el estudio de la retórica se proponían para aguzar el ingenio asuntos ridículos, como el elogio de la pulga y del papagayo, con los cuales se estrenó Dion Crisóstomo, y

(3) *O quam ridiculi sunt mortalium termini!* (*Quaest. n. in prof.*)

(4) Esta idea novísima en Roma, era muy antigua, pues se encuentra en la Odisea (VIII, 546), y aun es más vieja que Homero, pues deriva de la naturaleza humana, que hasta entre salvajes puede ser misericordiosa. Los neocaledonios plantan árboles á lo largo de los caminos para que aporvechen su fruto los viandantes (*Explorador* del 27 de abril de 1876).

tesis extravagantes tomadas fuera de la realidad, ó tratadas á pesar de la verdad histórica. Transportado el discípulo á un mundo fantástico, se encontraba en medio de costumbres imaginarias y de personajes que eran entidades impalpables. Sólo se hablaba allí de catástrofes imposibles, de calamidades desencadenadas por la cólera de los dioses, de inmolationes de víctimas reclamadas por el oráculo, y siempre se venía á las más trágicas aventuras: una ciudad hambrienta sustentándose de cadáveres, un tirano forzando á un hijo á decapitar á su padre, doncellas de noble casa entregadas á infames especuladores, bandidos en acecho á la orilla de cada bosque, piratas en todas las playas, agitando en son terrible los hierros con que van á encadenar al hijo de un senador ó al esposo sorprendido en medio de sus fiestas nupciales. Dicen que Nerón en presencia de Roma incendiada, tomó la lira y cantó la ruina de Troya. El hecho es dudoso; pero muchos hubieran sido capaces de esta locura.

Estos ejercicios asiduamente practicados en la escuela y continuados mucho tiempo en las declamaciones públicas, falseaban los espíritus, y quedaba en la vida algo exagerado, teatral, que solía pasar de las palabras á los actos. Encuéntrense las huellas hasta en los más bellos caracteres.

A dicha, no todos los maestros eran tan insensatos. Léase la carta de Plinio el Joven á Corelia (1), ó el primer libro de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, y se verá cuál era en las grandes casas la educación de los niños. Sabemos también por Dositeo que había en las escuelas públicas obras análogas á nuestros tratados de moral en acción. La naturaleza humana es la misma en todos tiempos. Se puede tener la certeza de que los padres, cediendo y todo al gusto del día, no se contentaban con estas frivolidades para la enseñanza de sus hijos, y que el maestro, en las explicaciones de los poetas y oradores sabía ir adonde se complace siempre, á las bellas sentencias, á los nobles pensamientos, sin los cuales ni oradores ni poetas hubieran vivido. ¿No reclamó el mismo Juvenal, tan á menudo impúdico, el respeto de la infancia?

Por otra parte, al salir de la escuela, el joven encontraba otras enseñanzas: la vida de todos los días que lo volvía á poner en la gran corriente de la realidad; la jurisprudencia y la filosofía que le enseñaban los deberes del ciudadano y del hombre.

Lo que los grandes jurisconsultos que se sucedieron sin interrupción de Adriano á Alejandro Severo, hicieron por la sociedad romana, queda expuesto en el curso de esta historia y particularmente en los capítulos de la familia y de la ciudad. No hay para qué repetirlo.

Su inmenso trabajo consistió, sobre todo, en sustituir con una regla de equidad una antigua regla de derecho civil que hacían así caer en desuso, sin que el legislador tuviera necesidad de intervenir. Por eso puede resumirse su obra en algunas palabras:

Ampliaron, suavizándola, la estrecha y dura ley de un pueblo agrícola y guerrero por manera tal que el mundo civilizado viniera á ser una sola comunidad regida por leyes justas que dictaba la razón general y no ya el interés de una clase ó de una ciudad.

Tomaron por su cuenta la causa de los débiles. Para destruir el uso inveterado del aborto y de la exposición declararon «que era un asesinato ahogar ó abandonar al recién nacido, negar los alimentos al hijo propio, y contar con la comiseración de los demás, cuando el más allegado no la tenía.»

(1) *Epist.* III, 3.

Dieron derechos á los que se habían tenido tanto tiempo como incapaces de ejercerlos: al hijo, á la esposa, á la madre, á todos los desheredados de la naturaleza, de la familia y de la ley, al espúreo, al liberto, al esclavo, hasta al loco, á quien querían proteger contra sí mismo.

Al niño abandonado y recogido por un traficante de esclavos le abrieron las puertas de la libertad. Al separado de los suyos por una adopción ó por el derecho de ciudadanía, le devolvieron su familia natural, y cuando Adriano cambió la edad de la pubertad para los llamados *pueri alimentarii*, á fin de poder socorrerlos por más tiempo, justificaron esta derogación del derecho común por el sentimiento piadoso que lo había inspirado, *pietatis intuitu*.

En el orden administrativo, hicieron de la ciudad y del colegio, aquella otra ciudad comprendida en la grande, personas civiles á fin de que pudieran recibir donativos, é impusieron á los gobernadores de provincia la protección de los pequeños.

En el orden judicial no siguieron á los filósofos que les decían: «La sociedad se defiende castigando á los que infringen sus leyes, no se venga; la atrocidad de las penas es una crueldad inútil, y el tormento un absurdo horrible.» Pero á lo menos introdujeron el principio del derecho penal que exige la identidad del delincuente y del condenado (2); no admitieron la acusación contra el ausente «porque más vale, decían, dejar que se escape un culpable que condenar á un inocente;» y Adriano prohibió recurrir á la cuestión de tormento, á no ser cuando había fundados motivos para creer que no se llegaría de otro modo al descubrimiento de la verdad. Ulpiano escribió también: «La cuestión es cosa frágil y peligrosa que con sobrada frecuencia engaña á los jueces (3).»

En el orden financiero ó rentístico, quisieron, diez y siete siglos antes de nuestra revolución, la igualdad atento á los cargos públicos y por boca de Antonino declararon que el impuesto debía ser proporcionado á los haberes.

En el orden político ayudaron con sus consejos de gobierno á sustituir los pillajes, organizados por los arrendadores de rentas públicas y los procónsules de la república, con la justicia que los legados imperiales introdujeron en la administración.

En fin, á ellos corresponde el eterno honor de haber creado la ciencia del derecho y de haberla enseñado al mundo.

Hay sin duda que hacer muchas reservas respecto de estos códigos, que se han llamado la razón escrita y de estos hombres que se llamaban los sacerdotes del derecho. Así, el gran monumento de las Pandectas, es á veces un tejido de contradicciones, en que se ve el esfuerzo hecho por los juristas para salir de la antigua ley con apariencias de quedarse dentro. Admitían el común origen de los hombres y conservaron la esclavitud; juzgaban que la igualdad era de derecho natural y dejaron á la sociedad su carácter aristocrático, con penalidades atroces para los humildes. Pero ¿hay derecho para argüirles de no haber obligado á las costumbres á modificarse de acuerdo con sus teorías? La ley no hace nunca tabla rasa, sino á costa de tremen-

(2) M. Aurelio no quería que el crimen del padre recayera en el hijo (*Dig.* XLVIII, 19, 26), como sucedía entre nosotros hasta el 89. Así el hijo espúreo y aun el incestuoso podían ser decuriones. (*Ibid.* L, 2, 6). Los condenados temporalmente á trabajos de minas pero de condición libre antes de su condena, conservaban su condición. Una mujer *pana serva* daba á luz hijos libres (*Rescripto* de Adriano, *ibid.* XLVIII, 19, 28, § 6).

(3) *Etenim res est fragilis et periculosa et qua veritatem fallat* (*Dig.* XLVIII, 18, 1, § 23).